

Epoca II. Año III

Alayor 22 Junio de 1913

Núm 142

Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Reina, 33.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

LA OPINIÓN

Entendemos por opinión el parecer que formamos sobre un hecho o una cosa; pero esta opinión, unas veces, acertada, puede ser, lo que ocurre muchísimas veces errónea, pues no siempre es perfecto el fruto de nuestros detenidos discursos, y de no ser así dejaría de ser nuestra inteligencia limitada y débil. El que quiera formar acertada opinión de cualquier cosa ha de profundizarla, es decir, estudiar detenidamente todas sus partes, penetrar haciendo uso de raciocinios aquellas que estén escondidas, establecer comparaciones entre las diferentes partes del objeto y el prejuicio que se había formado para ver si están conformes con la buena lógica las unas con el otro, reflexionar bien las

cosas para que se aclaren las ideas, etc. etc. Si no se hace de esta manera se verá uno expuesto continuamente a deplorables errores.

Eso en cuanto a los que obran según su particular opinión que han formado con más o menos razones para ello; ahora por los que obran según la opinión de una colectividad, por ejemplo, del vulgo; el *se dice* tantas veces repetido. Esta última manera de obrar no puede ser más infundada y funesta, aun dando por sentado que lo de la dicha opinión sea un hecho.

Vemos que en las ciencias matemáticas y experimentales los sabios no forman su opinión sino después de haberse valido del arte de pensar para descubrir nuevas verdades y asegurarse de las ya conocidas y haber adquirido una completa certidumbre; y que, no obstante fundarse en bases tan só-

lidas, se equivocan frecuentemente y no una ni dos veces, sino que por espacio de siglos y mas siglos ¿que extraño ha de ser, pues, que en las ciencias morales y políticas, mucho mas vagas por su especial naturaleza que las anteriores, se halle el pensamiento de los hombres como expuesto a no salir nunca de los límites de una infinidad de probabilidades?

Y ¿qué diremos cuando la opinión que una persona ha de formar de una obra, no sigue siempre en su desarrollo un curso espontáneo y natural, porque se manejan torpes influencias con objeto de conducirla por senderos encaminados a designios anteriormente preconcebidos? Esta, como se ve, no es la obra de la inteligencia soberana, no es el tributo de justicia y agradecimiento que rinde la humanidad a la virtud y a la sabiduría; es, sí, el trabajo de bastardas ambiciones y de proyectos rastreramente interesados. Luego, como a tal, no puede, no debe nadie servirse de tal opinión si quiere obrar con justicia y equidad.

¡A cuantos errores no se halla expuesto el pensamiento! ¡Cuantas pasiones y arrebatos no oscurecen

el recto pensar! Así tenemos la ira y el despecho producidos al ver nuestro amor propio por los suelos, y la soberbia, que, según el dicho vulgar, ciega en sus arrebatos, y que señalan las Divinas Escrituras como el vicio mas desagradable a los ojos del Señor. ¡Cuantos estados del ánimo no experimentamos para que formemos una mala opinión! Ahí están la incredulidad, que es una especie de fortaleza que rechaza continuamente a la verdad; la excesiva timidez, que sueña peligros donde no los hay; y la pereza del espíritu que, lo mismo que la del cuerpo, amontona inconvenientes y exagera las dificultades o las crea donde no existen. ¡Cuantas causas de errores no hay tambien en las preocupaciones y en la ambigüedad y mala interpretación de las palabras!

Y aun descartando todas estas causas de errores ¿acaso no hay multitud de criaturas que parecen totalmente incapaces de conocer la verdad, o por lo menos de estimarla? Ella misma, ¿no parece ahuyentada por algun conjuro o irresistible exorcismo?

Hemos citado las preocupaciones; sí, estas llegan a privar al

hombre del examen con que la razón debe reconocer cuanto se destine a enriquecer el depósito de nuestros conocimientos científicos, políticos y particulares (no religiosos); estas acallan el anhelo de analizar y descubrir los hechos tales cuales fueron, y de comprobar y purificar las opiniones adquiridas. Fácil sería demostrar que si las preocupaciones no son exclusivamente hijas de la ignorancia y de la debilidad del espíritu, se acojen por lo menos donde entrambas se encuentran.

Supongamos ahora que el entendimiento ha acogido una opinión en vista de juiciosas y sólidas razones ¿este mismo entendimiento no es capaz de comprender que muy bien pueden existir otras razones mas poderosas que le arrastren a rectificar su juicio o a formar otro mas acertado?

Otra de las cosas a que obedece que se forme una mala opinión es que se pidan datos o informes a personas que están mas o menos interesadas en que el hecho o la cosa sea de la manera que conviene a sus fines particulares.

Como consecuencia final de todo lo antedicho solo nos cabe preguntar ¿osará alguien decirnos que

debe obrarse segun una opinión, completamente infundada segun el juicio de la recta razón y del sentido común?

Concedemos que se eche mano de la opinión basada en algo (no la que se apoya en meras circunstancias y casualidades) cuando hay que juzgar con ligereza o rapidez y decidir la voluntad con precipitación; pero tan pronto como desaparezcan estas circunstancias debe reemplazarse por un examen escrupuloso y detenido.

¿Qué culpa tenemos nosotros de que haya quien esté prevenido contra unas verdades cuyas pruebas son invisibles a sus ojos e impenetrables a su raciocinio? ¿como han de atribuir esto a torpeza de su entendimiento, cuando están en la condición humana el orgullo y la vanidad, y cuando estos vicios ejercen su mayor dominio en los hombres de una flaca razón?

N.

Protesta. Si en este artículo hubiese algo no conforme con la religión católica téngase por no dicho.

Patrón de la semana

San Guillermo, Confesor.

San Guillermo, célebre solitario del siglo XI, nació en Verceli, ciudad de Italia en el Piamonte. A los quince años emprendió a pié descalzo la visita al santo sepulcro de Santiago, en el reino de Galicia. Durante esta peregrinación llegó a un pueblo donde había un herrero que tenía la caritativa costumbre de recoger pobres, y admirado de ver aquel peregrino, que nada había tomado más que pan y agua, se ofreció para cuanto le mandase, y el Santo le pidió que le hiciese dos aros de hierro para el pecho y estómago, y que los clavase con dos barras de hierro por los hombros, a fin de que no se le cayeran, los que conservó puestos toda su vida. Vuelto a su patria, se retiró a un apartado desierto; pero no pudo permanecer allí mucho tiempo sin que fuese visitado por el pueblo. Congregó a varios sacerdotes y dieron principio a una vida muy solitaria, fundando con ellos Guillermo la congregación religiosa de «Monte Virgen», cuyo edificio empezó a construirse en el año 1119, reinando Calixto II. Se suscitó pronto una conspiración contra el Santo, el cual se retiró al monasterio de la Goléta, donde, redoblando su austeridad, falleció el día 25 de Junio del año 1142. Gregorio XIII le incluyó en el catálogo de los Santos. No habiendo Guillermo dictado reglas por escrito a sus religiosos, Roberto, sucesor de Alberto, a quien dió el Santo por superior en Monte

Virgen, puso el instituto bajo la regla de San Benito, con autoridad del Pontífice Alejandro III.

LA BARQUILLA DEL PESCADOR.

CANCIÓN.

Obscura está la noche,
furioso gime el viento,
a su impulso violento
agítase la mar.

Y al rayo de la luna
que opacamente brilla,
se ve frágil barquilla
el piélago cruzar.

Del *Pescador augusto*
la venerable frente
circuye refulgente
aureola celestial.

Sus ojos alza al cielo,
y henchido de ternura
con voz suave y pura
así empieza a cantar.

Boga, boga, mi barquilla,
que la orilla cerca está,
y el *Mismo* que nos alienta
la tormenta acallará.

Yo he visto los vendabales
rugidores,
que vomitando mil males
contra mí se han levantado;
mas yo vivo sosegado
sin recelos ni temores.

Que es el cielo
quien me ayuda,
y la ruda
tempestad
la disipa
de repente
su potente
voluntad.

Boga, boga, mi barquilla,
que la orilla cerca está,
y el *Mismo* que nos alienta
la tormenta acallará.

¡Cuántas veces turbulentas
y encrespadas
vi las olas que violentas
rompieron contra la quilla
de mi oscilante barquilla,
siendo en su furor burladas!

Pues la estrella
que me guía
noche y día
sin cesar
es del cielo
la más bella,
es la *Estrella*
de la mar.

Boga, boga, mi barquilla,
que la orilla cerca está,
y el *Mismo* que nos alienta
la tormenta acallará.

Ya descubro en lontananza

playa amiga
que reanima mi esperanza;
y en el cielo el arco veo
que me anuncia mi deseo,
y el final de mi fatiga.

Todo augura
que la calma
presto a mi alma
tornará,
y que días
de ventura
sin medida
gozará.

Boga, boga, mi barquilla,
que la orilla cerca está,
y el *Mismo* que nos alienta
la tormenta acallará.

José Guzmán y Guallar.

No hay distinción entre liberales
y conservadores que solo se dife-
rencian en lo objetivo, en lo exter-
no, pero son idénticos en lo funda-
mental, teniendo los mismos apoyos
sociales, responden en iguales inte-
reses y están sujetos a idénticos im-
pulsos.

(Urzaiz. Discurso pronunciado
en el Parlamento el día 7 de No-
viembre de 1912).

Rendirse es perder

Hay que insistir aún en recomendar

la oración al Señor y en dar fuertemente con el mazo posible y legal, de la verdad completa; porque es lo que siempre hizo, y hoy mismo hace, la Iglesia de Dios, sin ceder en la integridad de la verdad y sin alianzas con los partidarios defensores de la mentira y del error, sea manso o sea fiero. El mismo Jesucristo Dios y Hombre verdadero, lejos de transigir con la familia hipócrita y farisaica, la apellidó con el nombre de, *generación perversa; sepulcros blanqueados; gente adúltera*, y otros calificativos semejantes. El Bautista la intitulaba *raza de víboras* y el Apóstol de la gentilidad llama en sus Epístolas a los herejes y cismáticos *malas bestias, mentirosos, perezosos, llenos de fraude, hijos del demonio y enemigos de toda verdad y justicia*. Y toda esta familia, que solía hablar con falsa y mentida dulzura ante el Divino Maestro y con San Pablo, si se mira la cruel fiereza de los perseguidores judíos y gentiles, representaba entonces lo que hoy es apellidado *rendirse a la fuerza mayor*. Y si los seguidores de tan grande mal intentan con su proceder irritante evitar el furor y la persecución revolucionaria radical, oigan lo que Jesucristo mismo profetizó *infaliblemente* a los defensores de toda la verdad, irreconciliables con los enemigos, más o menos suaves: «*Seréis llevados ante los gobernadores y los reyes; os entregarán a la tribulación; os matarán; seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre.*» De modo que no hay medios; o perseguidos con Cristo y toda la verdad, o apóstatas de El y de ella, uniéndose a

sus enemigos, aunque se denominen amigos, mansos, dulces. Pero no se olvide que en el interior son, por lo general, hipócritas, fariseos, partidarios moderados de las libertades condenadas. Por los frutos y por las obras los conoceréis; y como los fariseos aun los más suaves, no defendieron, sino que con Pilatos condenaron al Señor de la vida, así la familia conciliadora pastelera une sus votos comúnmente, no a los defensores del *Syllabus*, de la verdad entera, de la Iglesia de Dios, sino a la familia liberal revolucionaria. Esto es el hecho histórico, que todos vemos y palpamos, sin que en ello queremos aludir a nadie en particular. -La humana prudencia, la cobardía, el miedo a la revolución judaico-masónica y el juicio de los hombres aconsejarán lo que se quiera; pero las páginas de la historia ahí están abiertas y patentes a la vista de quienes gusten leer. En las persecuciones de Nerón, Domiciano, Trajanos, Adriano, Diocleciano y Maximiliano cuyas crueldades fueron inhumanas, horrorosas, incomparables e inauditas, los verdaderos siervos de Jesucristo no adularon a los ídolos, ni les tendieron las manos para evitar los tormentos de la tiranía feroz, sino que se mantuvieron firmes, íntegramente cristianos; oraron, dieron con el mazo incontastrable de la apalogia; y cuando llegó la hora supieron morir martirizados y despedazados entre los dientes de las fieras, consumidos entre las llamas de las hogueras, tendidos en los potros, traspasados por el hierro de los emperadores. Ni siquiera las mujeres, los niños, los ancianos decrepitos,

nadie, sino el apóstata, ayudó a los menos idólatras contra los tiranos, perseguidores y adoradores más celosos de los ídolos. En los primeros cristianos todo lo podía la influencia de la divina gracia, que como siempre, les infundía valor y celo santo para nunca jamás transigir poco ni mucho con los seguidores amantes de la mentira, con los enemigos de Jesucristo. Temblaban, sí, y palidecían ante el pecado grave y leve; pero no retrocedían ante los tiranos, que con frecuencia les halagaban, ni a pesar de las promesas y prosperidad con que a menudo los convidaban. Ni ofrecían incienso a los ídolos, ni querían paz indigna y falsa con el despotismo cruel imperial, menoscabando cobardemente la fidelidad a Cristo crucificado, o escandalizando a los hermanos creyentes que se iban convirtiendo. Añádese a todo esto que aquellos hijos integérrimos de la fé cristiana no tenían más crimen ni de otro delito les acusaban sus enemigos sino levantándoles calumnias y echándoles en rostro ser despreciadores de los dioses nacionales, fabricados de plata y oro, encubridores y factores ellos mismos, dioses y todo, de los vicios más tenebrosos y repugnantes. Hallarse en todo unidos a Jesucristo; no querer adorar sino a un solo Dios personal, Criador de todo lo visible e invisible; rechazar promesas, dones, paz con los idólatras más o menos fanáticos, hé ahí el crimen de los cristianos. Con un solo grano de incienso a la idolatría mansa; con solo callar y no confesar a Cristo resucitado, ni predicarlo, como ya pretendía la Sinagoga, todo estaba concluido; pero San Pedro, los

Apóstoles y los fieles primitivos, preferían el martirio al silencio; rechazaban todo linaje de inteligencias con el error, grande o pequeño, y lo mismo detestaban las masedumbres de Simon Mago y de Cerintos, que las hogueras la resina y el furor de Nerón. De modo que los discípulos inmediatos de Jesucristo, los Obispos, Presbiteros y fieles apostólicos huyeron siempre de todo pecado mortal y venial. Aquellos cristianos permanecían imperturbables; defendían y confesaban toda la verdad, y no se avenían jamás sino los tráfugas, con las palabras dulces de Julianaja Apóstata, ni les atemorizaban las amenazas de Dioclecianos y Maximinianos. Ni querían dividir a la Iglesia naciente, transigiendo con las pretensiones judáicas, amalgamadoras de la ley nueva cristiana, con las sombras de ceremonias mosaico-legales; ni mucho menos con los errores funestos, cismáticos de los primeros herejes. Aquellas gentes que se dejaban sacrificar por la fe católica y la verdad evangelica sin arriar por nada ni por nadie la bandera de Cristo, era la misma Iglesia apostólica-romana intransigente de todos los siglos cuando combate con el error, cuando defiende los dogmas y la justicia. El evangelista y discípulo amado, en tratándose de herejías y aun de herejes, no quería concederles cosa alguna pequeña, ni grande, ni siquiera el

saludo. Y digo ni aun de herejes, por que es achaque y condición errónea de muchos que se llaman católicos y hasta muy sabios a la moderna, que permiten atacar las herejías, pero que no toleran desenmascarar siquiera a las personas, sus factores y propaladores. Otro, sin embargo, fué el proceder de los Apóstoles y de los Santos Padres de todos los tiempos. ¿Quién ignora el siguiente suceso que nos refiere la historia sacra y también la profana?

San Juan, el apóstol del divino amor y de la caridad, hallábase un día con sus discípulos en un baño; entró allí mismo el heresiarca Cerinto, y viéndole de frente el amado discípulo, se tornó espantado, diciendo al propio tiempo a cuantos le rodeaban: *Huyamos, huyamos de aquí, no sea que este edificio se desplome, donde acaba de entrar Cerinto, enemigo de la verdad.* Y, con efecto, pocos instantes después se hundió el balneario, hallando entre los escombros la muerte y la sepultura el hereje Cerinto.

¡Buena manera de tolerar, ni mucho menos ofrecer votos y manos a los enemigos de la verdad cristiana!

No, no; los Apóstoles no concedían ni siquiera el saludo ordinario, ni a Simón Mago, ni a Menandro su discípulo, ni a Cerinto, ni a Elión ni a los Basilides Nicolaos, Saturninos, ni a otro alguno que, con más o menos malicia, se osten-

tasen partidario del error herético y destructor del Evangelio de Jesucristo. Ni los verdaderos católicos discípulos de los Jerónimos, Atanasios y demás Padres, Doctores de la Iglesia inmaculada prestaron jamás apoyo directo ni indirecto a los semiarrianos hipócritas para evitar el manifiesto error de los arrianos, declarados enemigos de la divinidad de Jesucristo: *«Alucinados imprudentes, apellida Pio IX, a los amantes de conciliación falsa y reprobable, empeñados en adunar la luz con las tinieblas y Cristo con Belial.»*

(Cap. V del folleto «La Verdad no transige con el error: ni la luz con las tinieblas» por el Dr. José Fernández Montaña, presbítero de la Rota Española).

ANUNCIO

Para vender

Lo están varias casas situadas en sitio céntrico de Ciudadela.

Informarán en la imprenta de este periódico, calle de José M^o. Quadrado, número 16.